

EL PALMAR
DE LOS LOCOS



RAFAEL ZEQUEIRA
El palmar de los locos

bokeh ✱

© Rafael Zequeira, 2020

© Fotografía de cubierta: W Pérez Cino, 2020

© Bokeh, 2020

Leiden, NEDERLAND
www.bokehpess.com

ISBN 978-94-93156-09-8

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

PALMA PRIMERA

El exilio

Verdaderamente no es extraño que Dios sintiera tanta predilección por los locos, y considero que tuvo para ello la misma razón que asiste a los grandes príncipes para que les sean sospechosos y aborrecibles los hombres demasiado sensatos.

Erasmus de Rotterdam

Ese arrullo que escuchas
no es el del mar de entonces;
aquel calló con las ausencias,
o bien se hundió lejano
y se perdió en la espuma de otros mares

Eugenio Florit

Mi nombre es Elías Palma. Es muy importante para mí no olvidarlo, porque es la única propiedad que tengo. Algunos pensadores y filósofos del lenguaje se ocuparon, con una lucidez tan académica como inútil, de este singular asunto del significado de los nombres. Para Bertrand Russell, por ejemplo, los nombres propios son descripciones abreviadas de un único individuo; para Gottlob Frege, en cambio, el sentido de un nombre propio es idéntico al sentido de una descripción definida. Incluso la poesía se ha ocupado de esta cuestión. Pushkin, el infortunado poeta ruso, en uno de sus poemas más íntimos y personales, preguntaba «qué será para ti mi nombre». Ignoro si tiene alguna trascendencia para mí llevar el mismo nombre que aquel profeta que, según las Escrituras, fue arrebatado al cielo en un carro de fuego. Desconozco si importa algo tener un apellido que hace referencia al árbol más representativo de la cultura del país en que nací. Sea como sea, yo no poseo, a mis cincuenta y un años cumplidos, nada más que mi nombre. Tan expoliado estoy de mí mismo, que ni siquiera tengo patria ni biografía. Y me alegro. ¿Me estaré volviendo loco?

Las praderas de posidonia, en el mar Mediterráneo, siempre obraban el prodigio de que Erasmo de Rotterdam se presentara ante Elías, para hablarle de la locura. El humanista holandés aparecía siempre con la misma expresión, entre resignada y escéptica, que tenía cuando lo retrató Hans Holbein. O de que se reuniera en torno suyo una corte de poetas cubanos para recordarle algunos de sus versos. El que más destacaba en ese grupo, como no podía ser de otra manera, era Lezama. El hombre del enemigo rumor solía comparecer sonriente, con un Habano en la boca y vestido con una guayabera de hilo. Sin embargo, las oscuras praderas que convidaban al poeta no tenían nada que ver con esta dehesa sumergida, luminosa y esperanzadora. Podría tomarse por una caprichosa dislocación de las imágenes, pero esta vegetación oceánica le recordaba más los

potreros de yerba de guinea, en las sabanas de Camagüey, que un nuevo laberinto derretido.

El sol, que ya empezaba a descender por el lado de la Sierra de Irta, era todavía intenso y traspasaba limpiamente y hasta el fondo, la masa líquida. Las aglomeraciones de espuma de la superficie eran como el espíritu de Dios, que incubaba sobre las aguas. La transparencia perfecta estimulaba más la rememoración que la profecía. Elías buceaba a poca profundidad, a través de unas olas mansas y de sosegada musicalidad. La planicie ondulante que veía abajo le resultaba la misma que aquella otra en la que, hacía ya mucho tiempo, pastaron unas vacas tranquilas y de mirada idiota. Las plantas sumergidas se mecían con la misma silenciosa suavidad que el pasto en el sabanazo. El silencio del mar y el del campo son tan iguales que son el mismo. Hay un solo silencio en este mundo, como también un solo campo y un único mar. A fin de cuentas, este Mare Nostrum fundacional fue, hace miles de años, una estepa yerma; y aquella campiña remota, seguramente, alguna vez fue océano. La calma, de siesta infinita, tenía algo proustiano; rebobinaba el carrete, mil veces rebobinado, de una magdalena que el novelista francés supo convertir en símbolo universal de las remembranzas. Al menos los últimos treinta años de su vida se proyectaban, con resabios cinematográficos, sobre aquel pastizal submarino. Calculaba que hacía poco más de dos décadas que no había vuelto a pisar las inmensas llanuras ganaderas camagüeyanas. No era capaz de precisar cuánto tiempo hacía que ni siquiera había vuelto a acordarse de aquel paisaje de luz deslumbrante, en el que solo una guásima solitaria, o una algarroba llena de curujeyes, señalaban algún hito en un espacio tan sin fin como el océano de los antiguos navegantes.

Pero hoy había recibido un e-mail en el que le informaban de dos muertes. La primera había ocurrido el día anterior y era terrible y dolorosa; había muerto su hermano Bienvenido. La segunda había ocurrido hacía ya algo más de seis meses y su única relevancia consistía en que agitaba la memoria. El mayor jubilado Quintín Pipirite se había pegado un tiro en el paladar el mismo día en que se había difundido la noticia del fallecimiento del jefe del país. La redactora

del correo se disculpaba por informar de un suceso acaecido tanto tiempo atrás, pero ella y Bienvenido se habían enterado hacía poco, y él, después de sugerir que a Elías podría interesarle saber cómo había terminado sus días el mayor Pipirite, se limitó a comentar algo acerca de lo amarga que podía ser, en ocasiones, la simetría de los finales.

Algunas aves marinas sobrevolaban el agua con galanura por encima de su cabeza, afanadas en la búsqueda de su sustento. La identidad de estos pájaros tan vistosos era para él desconocida, pero sí había escuchado alguna vez sus nombres de sonoridad operística: frailecillos, cormoranes, alcatraces, gaviotas. Abajo, algunos peces pequeños se desplazaban de un lado a otro sin rumbo preciso. O tal vez sí sabían exactamente a dónde se dirigían, pero él lo ignoraba. Desconocía también los nombres de la mayoría de esos peces. Había oído hablar de cardúmenes de selpas, que aportaban un gran beneficio a esas aguas, o de unos peces pipa, finos y alargados como estiletes, pero no era capaz de saber quién era quién. Solamente creo haber reconocido a un pez muy feo y de aspecto hosco que, me parece recordar, se llama rascacio, aunque no puedo afirmarlo categóricamente. Los veía moverse, como sacudidos por unas súbitas descargas eléctricas que los obligaban a romper el bloque compacto o a cambiar continuamente de dirección. Y fue entonces que tuvo la impresión de que, si Dios existía, tenía que ser forzosamente un pez. En alguna de esas publicaciones de divulgación científica que tanto abundaban en los últimos tiempos, había leído un artículo en el que se afirmaba que, trescientos ochenta y cinco millones de años atrás, unos peces llamados placodermos, considerados los primeros ancestros vertebrados de los seres humanos, fueron las criaturas que realizaron las primeras cópulas del universo. Casi nada. El primer palo de la historia del mundo, diríamos por allá; el primer polvo, dirían por aquí. El artículo especificaba que los machos de esos peces habían desarrollado unos miembros genitales huesudos y en forma de ele, que les permitían sujetar fuertemente a las hembras, penetrarlas y transferirles su esperma. Estas, a su vez, habían perfeccionado unos pequeños huesos pares, que les servían para agarrarse bien a su pareja y que no se le fuera a soltar durante la copulación. Si todo esto es

cierto y, además, Dios hizo a su criatura a su imagen y semejanza, son los peces y no nosotros el fruto legítimo de esa voluntad creadora. Y en tal caso Dios es, sin duda, un pez. El Gran Pez Abisal, creador de todo cuanto existe; el Placodermo sagrado y bendito que nos observa desde los fondos marinos y se parte de la risa a cuenta de nuestra soberbia y nuestra estupidez incurables.

El e-mail fúnebre recibido esta mañana se lo había enviado Mariela. Era la primera vez que ella se comunicaba con él. A Mariela no la conocía ni siquiera por fotos. Probablemente no hubiera nacido cuando él se fue de Cuba para nunca más volver. ¿Nunca más, Elías?, le preguntó una vez, por carta, Bienvenido. Nunca más, le contestó. Cuando se consigue escapar de un territorio permanentemente azotado por una ventolera sucia y venenosa, te das un buen baño, te perfumas y no regresas a ese lugar nunca jamás. En cualquier caso, desconocía la edad de Mariela, pero sí sabía que era mucho más joven que Bienvenido. Confiaba en que, al menos, tuviera más de dieciocho años. Su hermano le había escrito, cuando la llevó a vivir con él, que su mujer era tan joven que podía muy bien ser su nieta. Y no volvió a dar nunca ninguna información relacionada con Mariela. Y ahora le había tocado a ella el doble sufrimiento de perder, según decía en su correo, al hombre más bueno y generoso del mundo, al que había querido ella más que a nadie, incluido su padre, y el de tener que informar de su muerte a la persona que ese mismo hombre más había querido, según le aseguró a ella Bienvenido poco antes de que la Pelona se lo llevara a Dios sabrá dónde. ¿A qué lugar se habrán llevado a mi hermano? ¿Al mar? Ojalá. Me hace ilusión pensar que él podría estar nadando cerca de mí, a mi lado, en estos mares que no conoció. De ser así, estoy seguro de que no sería un rascacio; sería, como mucho, uno de esos pequeños pececillos de conducta eléctrica y aparentemente desorientada.

Seguramente ha sido una exageración decir que Elías buceaba. En realidad solamente flotaba con cierta torpeza sobre la superficie del agua y en muy pocas ocasiones descendía no más de tres o cuatro metros. Era un pésimo nadador que solo podía aguantar la respiración un escaso medio minuto, y que, para colmo, controlaba tan

mal el snorkel que continuamente tragaba buches de agua salada. No obstante, desde que se había ido a vivir a Peñíscola, donde había encontrado trabajo como camarero en un bar-cafetería, se había convertido en un adicto a la contemplación del fondo marino. Pero como era muy consciente de sus limitaciones, nunca se alejaba más de doscientos metros de la línea de costa, más o menos hasta el límite de la hilera de boyas. Había alquilado un apartamento pequeño y modesto en la calle Juan José Fulladosa Sanz, a medio camino entre la Iglesia Parroquia de Santa María, donde comenzaba la calle, y la del Príncipe, donde concluía. En verano, cuando tenía alguna tarde libre, recorría en bicicleta los diez kilómetros que lo separaban de la pequeña playa del Pebret. Era un trayecto arduo y complicado debido a las muchas curvas y cuestas de la vía, sobre todo en los tramos de terraplén, pero pretendía alejarse, con menos éxito del que le hubiera gustado, de la masificación, el bullicio y la contaminación de las playas urbanas. Los poco más de mil seiscientos kilómetros de Mediterráneo peninsular español, del Cabo de Creus a Gibraltar, no disponían, de junio a septiembre, de un mínimo refugio para la paz, la soledad, el silencio. Hasta en esta cala diminuta y perdida en medio de unos cordones de dunas melódicas encontraba grupos numerosos de personas que, al parecer, buscaban, también sin demasiado éxito, lo mismo que él. Por todas partes había niños que corrían tras una pelota, familias que comían y bebían debajo de grandes sombrillas rayadas; también, aunque algo alejados hacia el Sur, encima de las rocas costeras, algunos nudistas felices se doraban al sol. En ocasiones, mientras pedaleaba por el tramo final del terraplén, enormes todoterrenos pasaban a su lado a más velocidad de la que las asperezas y otros inconvenientes de la vía aconsejaban, y le echaban encima grandes nubes de polvo y tierra. Eran conductores imbéciles que, simplemente, se pasaban por la bisectriz del ángulo genital todas las normas de circulación y hasta las de humana decencia. Pero su algo más de medio siglo vivido le había enseñado que la estupidez de sus semejantes no era un asunto como para sorprenderse, mucho menos para indignarse. Había aprendido que la línea que separa la indignación del rencor

es tan estrecha y corta que es preferible no indignarse jamás, a pesar del exitoso panfleto de Stéphane Hessel.

Deploraba igualmente no haber recibido a tiempo un entrenamiento como buceador, pero a sus cincuenta y un años, ya con el abdomen bastante más prominente de lo que le habría gustado, y con una irremediable tendencia a la melancolía, se le había quedado muy lejos la posibilidad de explorar y contemplar paisajes submarinos de mayor rango. Y para alejar todavía más la opción de una visita a esos abismos que únicamente conocía a través de documentales televisivos, ocurría que le tenía un miedo salvaje a todos los seres vivos de gran tamaño que pueblan los océanos, ya fueran depredadores o no. Las vistas de los sobrecogedores panoramas de los fondos oceánicos que veía en la pantalla, con laberintos y hondonadas que rozaban lo sobrenatural, le proporcionaban un fervor místico que seguramente se remontaba a los orígenes mismos de la vida en el planeta. ¿Cómo serían los atardeceres, millones de años atrás, cuando el placodermo estrenaba sus faenas lúbricas? Pero en cuanto aparecía en la pantalla un tiburón de varios metros de largo, mirada asesina y cuerpo de proyectil, o un pulpo gigante que ejecutaba una curiosa danza como si fuera la cabeza guillotizada de una medusa mitológica, el fervor místico se convertía en terror cósmico. No se consideraba siquiera capaz de nadar con delfines, a pesar de la simpatía y el buen humor de esos parientes inteligentes y amistosos. La sola mención de esos animales le traía a la mente unos versos de la lírica popular española: «Si los delfines mueren de amores, triste de mí, ¿qué harán los hombres que tienen tiernos los corazones? ¡Triste de mí! ¿Qué harán los hombres?» Y sí, creía firmemente que los delfines, aunque no fueran peces, eran sus hermanos y por tanto capaces de morir de amor, pero nunca se atrevería a compartir bañera con ellos. Sin embargo, podía imaginarse a sí mismo nadando apaciblemente, sin sombra de temor alguno, al lado de una ballena del tamaño de un tren de mercancías, lo que le venía a reafirmar algo que desde muy joven había sabido: que los humanos podemos tener contradicciones más grandes incluso que las mismas ballenas. Además, sabía también que la contemplación de esos cientos y cientos de pececillos diminutos que

se desplazaban a través de unas praderas de posidonia tan extensas que en algunas partes casi tocaban el litoral, ejercía sobre su ánimo un efecto sedativo y conciliador. Sonrió al darse cuenta de que, si seguía el hilo arbitrario de sus pensamientos, aquellos pececillos tenían que ser, forzosamente, ángeles, arcángeles, querubines. Tanto apaciguaban su ánimo que hasta lograban que, aunque solamente fuera durante el corto tiempo que duraba su inmersión, hiciera las paces con la estupidez y la perversidad que lo habían obligado a vivir lejos de su país y de su mar, a ser un exiliado, un individuo sin patria y sin biografía; a ser alguien cuya única posesión era su nombre. Y no es que se considerara un patriota ni que tuviera vocación protagónica. Le importaban un pito la bandera y el escudo. Prefería vivir en el anonimato. Pero no podía ignorar que era hijo de su padre y de su madre y que había nacido en un lugar y no en otro. Porque sí, es verdad, sabía que todos los mares son el mismo mar y todas las ciudades la misma ciudad; sin embargo, Elías Palma sabía también, sin la menor duda, que *su* mar y *su* ciudad eran otros, esos que se habían quedado, hacía ya poco más de veinte años, al otro lado del océano. Nada, otra contradicción, tan enorme como la gran ballena azul, con sus treinta metros de longitud y sus ciento ochenta toneladas de peso.

Un gran buche de agua lo obligó a sacar precipitadamente la cabeza del agua y a quitarse la careta y el snorkel para poder toser. No sabía por qué, pero siempre que tosía se acordaba de Romelia Santana, es decir, de Romy. Hacía ya varios años que los vientos diversos de tantas ciudades habían fragmentado y esparcido, por aquí y por allá, el recuerdo de aquella muchacha pálida a la que tanto había añorado y buscado; pero la tos le jugaba la mala pasada de reunificar y recomponer esos trozos aislados de memoria que vagaban por el mundo. Tanto tiempo transcurrido y nunca más había vuelto a saber absolutamente nada de ella. Era absurdo. Hoy en día todo el mundo encuentra a todo el mundo. Todo el mundo va dejando una huella en alguna parte, perfectamente rastreable. Odiaba las redes sociales, pero se había apuntado a todas únicamente para intentar encontrar a aquella muchacha a la que recordaba como

hecha de humo. Fracaso total. Había escrito montones de cartas a la antigua usanza y montones de e-mails a la usanza actual, en busca de algún indicio, alguna información útil. Generalmente recibía respuestas, pero siempre resultaban desalentadoras; nadie conocido había vuelto a saber nada de Romy nunca más. Verdad que su aspecto general, en aquel primer quinquenio de la década de los noventa del pasado siglo, ya tenía mucho de evanescente, de ajeno al trópico, a la realidad, sea lo que fuere la realidad. Sus ojos eran de un azul tan pálido que parecían desleídos. Su piel transparente dejaba ver un montón de tenues líneas azuladas. El pelo, escaso y de un amarillo pajizo, lo llevaba siempre suelto como flechas de aborígenes que salen disparadas del arco en cualquier dirección. De tan delgada que era, yo solía usar con ella la broma de que era la única persona con exoesqueleto que había conocido. Dios mío. ¿Qué habrá sido de ella? ¿Habría intentado fugarse precipitadamente de Cuba, como habían hecho tantos miles de cubanos, como yo mismo? ¿Se habría ahogado en el estrecho de la Florida? Todos los que de alguna manera estuvimos implicados, en 1994, en aquel episodio absurdo de la muerte de Perla Portal, hemos desaparecido. Muchos más también, participantes o no de aquellos sucesos. Tal vez millones. Conocidos o desconocidos. Antes y después. Aun cuando yo sé dónde estoy y dónde vivo y sé dónde viven algunos de mis amigos de aquel tiempo, a veces he tenido la sensación demencial de que si no sé dónde está Romy no sé dónde está nadie. Y lo peor es que también sé dónde están enterrados otros.

Por ejemplo, sé dónde está enterrado el profesor Silvano Soto, la persona que más influencia ejerció sobre mí en mis años juveniles. Su vida, sus genialidades, sus extravagancias y hasta sus sandeces, no hay día que no las recuerde y cite. Desde que fui su alumno, cuando cursaba el tercer año de preuniversitario en el Instituto de Segunda Enseñanza de Camagüey, me hice adicto a su compañía y dependiente de su vasta cultura y sabiduría. En ese edificio hermoso y monumental, frente al Casino Campestre, me enteré, gracias a Silvano, de que existían otros paisajes, otros nombres, otras creencias, otros modelos de vida, otra estética, otro pensamiento, más allá de las

fronteras naturales que el mar Caribe nos imponía y de las artificiales a las que una ideología absurda y una voluntad ajena nos condenaba.

Mi buen amigo Tomy Varela tuvo el detalle de enviarme a Miami, la ciudad en la que viví los primeros cinco años después de mi fuga, una foto, tomada por él mismo, del panteón de la familia Miranda. A Tomy Silvano lo había rebautizado como Nicéforo Niepce, debido a que se ganaba la vida haciendo fotos de bodas y cumpleaños. La foto que me hizo llegar, desde luego, era en blanco y negro y estaba impresa en un papel de pésima calidad. Me contaba mi amigo, en nota aparte, que el viejo profesor había sido enterrado allí, junto a los cuerpos de su mujer y del único hijo que ambos habían tenido. Y añadía unas explicaciones detalladas acerca del entierro, tan penosas y al mismo tiempo tan propias de nuestro gran sainete nacional, que, aun cuando en un primer momento me deprimieron, terminaron por hacerme sonreír y espantar con las manos unas moscas inexistentes.

Tomy, todo hay que decirlo, era un pequeño genio de la fotografía. Consiguió no me explico cómo, a pesar de la mala calidad de los productos que utilizaba para revelar e imprimir, y de la aún peor calidad del papel, unos contrastes bien definidos en la imagen. Yo podía apreciar con toda nitidez en aquella pésima cartulina, una construcción que más parecía la residencia particular del dueño de un banco que un sitio para enterrar a los seres queridos. Era enorme el panteón de los Miranda. O al menos en la foto lo parecía. Tomy, tan puntilloso siempre en cuanto a todo lo que tuviera que ver con la eficacia visual de sus imágenes, le faltó esta vez preocuparse de colocar, junto a la edificación funeraria, algún elemento a escala humana que me permitiera apreciar de verdad las dimensiones de aquel mastodonte de cemento. Lo que sí pude observar con claridad fue que se parecía mucho a los edificios con los que Ralph Thomas Walker había dibujado el perfil de la ciudad de New York en los años del furor del art déco. Verdad que, años después, Mr. Walker vio oscurecida su exitosa carrera debido a acusaciones de fraude y corrupción, pero para entonces ya no importaba porque el skyline de la ciudad había sido definido. De manera que la residencia mortuoria de los miembros de aquella familia camagüeyana, influyente

y adinerada antes del cataclismo tragicómico que asoló y sigue asolando el país, recordaba mucho al *The Times Square Building*, de New York. Incluso el cimborrio hendido que coronaba la tumba, con cierto aspecto a medio camino entre una concha bivalva y una nave alienígena, era bastante similar al del edificio de Ralph Thomas. Y hasta me pareció distinguir, en los espacios entre columnas, unos relieves al estilo de algunos cuadros de Tamara de Lempicka. Es más que posible que aquella construcción fúnebre hubiera sido diseñada por cualquiera de los notables arquitectos cubanos seguidores del yanqui. A fin de cuentas, el ritmo de la respiración de la caribeña isla de Cuba funcionaba acoplado al ritmo de otra isla, la nada caribeña isla de Manhattan. Para lo bueno y para lo malo. Tanto para la construcción de edificios notables como para el fraude y la corrupción. Lástima que tantas décadas después siga siendo así, aunque solamente para lo último.

En cuanto a las explicaciones dolorosas que acompañaban la foto, estas se referían, de algún modo, al destino. O, más exactamente, a las trampas que teje y desteje continuamente el destino. Y es que Tomy, antes de dedicarse a la fotografía, había estudiado cuatro años de la licenciatura en Lenguas Clásicas, y al comenzar el quinto lo habían expulsado de la Universidad de La Habana, por «desviaciones ideológicas».

Comenzaba entonces el segundo quinquenio de la década de los ochenta y en la Madre Patria Soviética Mijaíl Serguéyevich Gorbachov amenazaba con desmontar, pieza a pieza, todo el gigantesco aparato de estupidez, ineficiencia y represión que existía en su país. Ese engendro perverso, dicho sea de paso, había sido copiado en Cuba al pie de la letra, añadiéndole, claro está, algún toque caribeño y sandunguero. Mi querido amigo Tomy, alumno por entonces del quinto año de una carrera a la que muchos consideraban un lujo, tuvo la fatal ocurrencia de hacer un encendido elogio de la Perestroika promovida en la hermana Unión Soviética por el camarada Gorbachov. De nada le sirvió el ardid pueril de referirse al líder soviético como «camarada» y a la URSS como «hermana». ¿A quién se creía que podía engañar? Y para empeorar todavía más su situación, la

defensa de aquella necesaria transparencia y de unos cambios impostergables, la hizo en una Asamblea General en la que el prestigioso centro docente, fundado por frailes dominicos casi tres siglos antes, quería dejar bien definida su posición oficial frente al enemigo cazarro y solapado. Un notable dirigente de la cultura nacional, novelista asalariado que acababa de regresar de una larga estancia en Moscú y de ser testigo de, según afirmó, la irresponsabilidad y la locura, fue el encargado principal de explicar las cosas. Todos los presentes debían tener bien claro que no estábamos dispuestos a dejarnos engañar con cantos de sirenas, y dispuestos, sí, a salirles al paso a todos los candorosos o pusilánimes o revisionistas o, sencillamente, gusanos de mierda que aplaudían entusiasmados el lamentable proceso de liquidación de los valores socialistas que estaba ocurriendo en la patria del gran Lenin. Aplausos enardecidos. Gusanera que intentaría desprestigiar a la revolución mediante el método artero, malicioso, disimulado, de corregir errores que nosotros no habíamos cometido. Más aplausos. Los problemas y errores de los hermanos soviéticos, eran suyos, no nuestros; por tanto, las soluciones también tendrían que ser de ellos. ¡Qué cada casa barra su propia mierda, pero no la ajena! gritó el menestral de las letras y arrancó unos aplausos y unas exclamaciones de tanta intensidad que quedaba bien claro que Tomy no tenía cabida en aquel colectivo. Al día siguiente, fue expulsado.

Un año después, me expulsaron a mí. Yo, a diferencia de Tomy, era estudiante de filología Hispánica, en la Universidad Central de Las Villas. Y no defendía la Perestroika ni la Glásnost ni a Gorbachov ni a la madre que lo parió. Tampoco leía, como sí hacía él, *Novedades de Moscú*, esa publicación que ya empezaba a ser sospechosa de tendenciosa y revisionista y que ya era muy difícil de encontrar en los quioscos de prensa. La verdad es que en esa época me importaba bastante poco lo que les pudiera ocurrir a personas que vivían a diez mil kilómetros de mí, que hablaban otro idioma, que tenían otra historia y que, encima, escribían con otro alfabeto. Me daba exactamente igual si ellos optaban por la transparencia o por la opacidad. Bastante opacos éramos ya aquí como para que fuera a preocuparme yo por opacidades ajenas. Lo mío fue, digamos, más técnico, más

académico, más de la carrera propiamente dicho. No podía entender cómo era posible que en unos estudios superiores de filología hispánica, cursados en Cuba, se omitieran autores como Reinaldo Arenas y Guillermo Cabrera Infante. ¿Por qué no se estudiaban y analizaban sus obras? ¿No eran estos escritores tan cubanos como Alejo Carpentier o Nicolás Guillén? ¿Alguien había considerado que no tenían la calidad suficiente como para incluirlos en un programa de estudios de educación superior? ¿Por qué cuando se estudiaba la obra de Emilio Ballagas solamente se hacía mención de su «poesía negra» y no se mencionaba su «poesía amoratoria»? ¿Se debía esta reserva a que en esa poesía se exaltaba el amor homosexual? ¿Por qué se consideraba como un pecado de herejía la sola mención de Mario Vargas Llosa? ¿Tampoco tenía la calidad requerida? ¿Por qué a escritores de la importancia de Lino Novás Calvo o Carlos Montenegro se les trataba con tantas cautelas que parecía que los profesores más que hablar de unos novelistas estuvieran manipulando una sustancia explosiva y en extremo peligrosa? ¿Por qué, cuando se enseñaba a los místicos españoles se hacía énfasis en la obra de Santa Teresa de Ávila y en la de fray Luis de León, y a la poesía más hermosa que se haya escrito jamás en español, la de San Juan de la Cruz, se le pasaba por encima a toda velocidad, a modo de información adicional? ¿Acaso la Seguridad del Estado tenía fichado a Juan de Yepes Álvarez como desviado ideológico? ¿Jorge Luis Borges era un mercenario pagado por el imperialismo y por eso se le condenaba a no existir? ¿Nadie se daba cuenta de que los únicos condenados éramos los alumnos y no los autores? ¿Quién era el sabio encargado de elaborar el *Index Librorum Prohibitorum*? ¿Por qué razón una revolución se convertía en reaccionaria y heredaba, ya en su tercera década de poder, las prácticas del catolicismo más inquisitorial, rancio y casposo? Y como no encontraba respuestas satisfactorias a ninguna de esas preguntas, me dejé arrastrar por un impulso infantil, por un arrebatado de ingenuidad y le escribí una carta, bien respetuosa, fundamentada, rebotante de buenas intenciones, al ministro de Educación Superior para que, por favor, me las respondiera él, si es que podía. Le decía en mi carta que aquellos métodos y omisiones resultaban a todas luces absurdos y

retrógrados desde el punto de vista político, además de muy dañinos desde el punto de vista estrictamente docente. De más está expresar ahora que el compañero ministro jamás contestó a ninguna de mis preguntas. En cambio, sí recibí una carta del decano de la facultad en la que me explicaba que no era el momento de andar haciendo ese tipo de preguntas; me decía, muy educadamente y creo que hasta con una compasiva dulzura, que, lamentablemente, quedaba claro que yo carecía de la madurez necesaria para entender lo que era vivir en un país sitiado por el enemigo. Me recordaba que hacía muy pocos años que ese alto centro docente había iniciado un «Proceso de Profundización de la Conciencia Revolucionaria», en el que todavía se encontraba trabajando intensamente. Finalmente, me informaba de mi expulsión definitiva e inapelable de la Universidad.

Después de aquellos episodios y aquellos encontronazos con un poder que ya les hubiera gustado para sí mismos a Enrique octavo de Inglaterra o a Tomás de Torquemada, Tomy había intentado ser director de teatro, pero con sus antecedentes de «desviado» las autoridades culturales se lo habían impedido. No obstante, siguió siendo un apasionado de la tragedia griega y de las teorías del destino. Podía recitar de memoria largos parlamentos íntegros de Esquilo, Sófocles o Eurípides. Su entusiasmo por estos temas era tan intenso, que en cierta ocasión consiguió reclutarnos a Claudio del Risco y a mí para hacer un montaje de la *Antígona* de Sófocles. También intentó, sin éxito, reclutar al profesor Silvano Soto para que interpretara el papel de Creonte. El profesor dijo un no tan rotundo como el sarcófago del faraón Menes, fundador de la primera dinastía, pero se ofreció, en cambio, a revisar y asesorar el libreto y a colaborar con el montaje. A las hermanas Cartaya, las mismas a las que Silvano había clasificado como «las marxistas», sí logró convencerlas fácilmente para dos de los roles femeninos principales. Al final, todos los que participábamos de aquel proyecto, pasamos a formar parte del círculo de Perla Portal y del propio profesor Soto. Todos estuvimos allí aquella disparatada noche en que la mataron y que dio inicio a nuestras entrevistas policiales, efectuadas casi todas por el mayor Quintín Pipirite, un negro gigantesco que, por más empeño

que puso en ello, nunca logró caerme mal del todo. Aquel asesinato salvaje y sin sentido marcó también el inicio de nuestra dispersión y reafirmó nuestro desencanto eterno e irreversible. Aunque, por supuesto, hubo más personas. Allí estuvieron Irina y Lisaveta, las rusas, las dos mujeres más sufridas y tristes que yo haya conocido jamás; y el doctor Oscar Stinker, de ascendencia judía y tan afligido como las rusas. Y estuvo también, por supuesto, Romy, más bella y evanescente que nunca; estaba y no estaba.

La sala de la casa de Perla era exageradamente grande. Podía medir unos ocho por diez metros y conservaba los restos de una decoración que a todos nos resultaba muy adecuada para una representación teatral. Pero estaba muy próxima a la acera y resultaba ruidosa, por lo que desde el principio decidimos que era mejor ensayar en su dormitorio, tan grande como la sala, pero más acogedor, más íntimo y con un ambiente más irracional y amanerado incluso. Perla, muy generosamente, había puesto toda la casa a nuestra disposición. Nuestra presencia y nuestros proyectos la hacían rejuvenecer y también escapar de unas circunstancias que, aseguraba mientras agitaba un precioso abanico valenciano, se le habían hecho asfixiantes. Envuelta en el humo espeso de un tabaco, imitaba a Sara Montiel, cantaba «fumando espero» y nos aseguraba, sin dejar de abanicarse con energía, que si tuviera veinte años menos le hubiera encantado interpretar a Yocasta. Aplaudía todo el tiempo como una niña con muñeca nueva y se mostraba muy agradecida de haber podido conocer, gracias a nosotros, a un autor y a unos personajes tan fascinantes.

Finalmente, con recursos propios y muchos sacrificios de todo tipo, conseguimos montar una versión bastante respetuosa del original, aunque a veces no tanto, de *Antígona*. Mucha de la ropa y del calzado en desuso que guardaba Perla en sus armarios, sirvió para que confeccionáramos túnicas y coturnos. También algunas de sus viejas pelucas y hasta una máscara veneciana, algo sucia y descascarada, fueron aprovechadas para las caracterizaciones. El propósito de Tomy era presentar su puesta en escena en un festival de teatro aficionado. Pero los mismos inquisidores de antes, vestidos de poderes omnipotentes, no se lo permitieron. Él protestó, pateó,

gritó, se disculpó, lloró, suplicó, se humilló. Pero todo fue inútil. Y nadie le daba una explicación clara del por qué de aquel veto abusivo. Hasta que Claudio del Risco, que interpretaba a Polinices, obtuvo en privado las respuestas que el Santo Oficio no daba en público. Claudio, rebautizado como Toulouse-Lautrec por Silvano debido a que era pintor, muy pequeño, muy feo y muy putaño, estaba emparentado con un poeta local pródigamente galardonado y publicado por las instituciones oficiales. El compañero poeta, además, resultó ser uno de los mandamases de mayor rango intelectual y político en aquel sainete marxista leninista macartista.

¿Ese tipo que dirige esa cosa está loco o es comemierda?, dijo Claudio que le había preguntado su pariente. ¿A quién carajo se le ocurre poner en boca de un personaje esa gran cagada de texto? ¿Cómo es que se llama el personaje? Creonte. ¡Eso, Creonte, el tirano del cuento, el hijo de puta! ¡Manda cojones! Coño, si es que hasta lo presenta con una máscara a la que le ha puesto una nariz y una barba que ya te digo yo que manda cojones. Es que se trata de una obra griega, dijo Claudio que le había dicho a su pariente poeta y sargento; nadie tiene la culpa de que nuestro carismático líder tenga ese hermoso y perfecto perfil griego al que, por cierto, tanto partido le ha sacado la iconografía oficial. ¡Y una mierda con la historia del perfil griego! ¡No me vengas a joder tú también con eso ahora! ¡Y ahórrate tus ironías conmigo! Que agradezcan tú y tus amigos que las cosas se han suavizado un poco últimamente y no los hemos metido presos a todos. Hasta hace bien poco, por mucho menos que eso, les caían encima por lo menos diez años a la sombra.

Las palabras transgresoras, puestas en boca del tirano Creonte, habían sido copiadas literalmente por Tomy, bajo la celosa supervisión de Silvano Soto, del *Mein Kampf*, el libro programático redactado por Adolfo Hitler cuando, en 1924, cumplía condena en la prisión de Landsberg por haber planificado y ejecutado el fallido golpe de Munich. Y aunque se sabe que Hitler fue amnistiado, junto con los demás presos políticos, el 20 de diciembre de ese mismo año, por lo que solo cumplió nueve meses de los cinco años a los que había sido condenado, el texto de Mi Lucha se convirtió rápidamente en una

especie de catecismo del Nacional Socialismo y, en consecuencia, de todo el pueblo alemán y de todos los fascistas de este mundo. «Los jueces de este Estado pueden condenarnos tranquilamente por nuestras acciones; mas la Historia, que es encarnación de una verdad superior y de un mejor derecho, romperá un día sonriente esta sentencia, para absolvemos a todos nosotros de culpa y pecado». Resultaba demasiado evidente la semejanza de ese texto fundacional del partido nazi con una frase dicha en Cuba en un juicio efectuado poco después del asalto al cuartel Moncada. La conexión maliciosa entre un texto y el otro la están estableciendo ustedes; para nosotros se trata de una simple coincidencia, se defendió Claudio. ¡Ah, sí, y mis huevos son claveles! ¡Cuando yo digo que manda cojones es que manda cojones!, seguía exclamando como en una cantaleta su pariente. Alguien preguntó si el director de aquella mierda teatral se creía que ellos eran una pandilla de ignorantes o de retrasados mentales, y propuso darle una buena paliza a ese gusano de mierda para que aprendiera que con las cosas sagradas no se juega. Otro propuso denunciarlo inmediatamente a la Seguridad del Estado. Pero el amigo y pariente de monsieur Lautrec logró, nadie sabe cómo, convencer a los demás de que lo mejor que se puede hacer con este tipo de elementos que solo buscan su cuarto de hora de notoriedad, es pasar de ellos olímpicamente y no darles el gusto de que sean famosos durante quince minutos a costa de la revolución y de sus dirigentes; vamos a demostrarles que los revolucionarios hemos alcanzado ya la suficiente madurez política como para estar muy por encima de esas mariconadas; aunque, precisó, eso sin dejar de estar bien vigilantes para que los cabrones de siempre no nos vayan a pichear el tercer estrái y nos ponchen; si algo hemos aprendido es que un comunista no se poncha nunca, que siempre batea de jonrón, a ser posible con las bases llenas, concluyó el poeta local, con una metáfora beisbolera que le pareció digna de Homero.

El destino puede ser muy injusto, Elías, se lamentaba Tomy en la nota que acompañaba la foto del panteón de los Miranda. Le explicaba a su amigo que el profesor Silvano era el único miembro de esa familia que quedaba vivo en Cuba, y que como ya se había

muerto, el panteón debía pasar a ser propiedad del Estado. Exactamente lo mismo que ya habían hecho con el panteón familiar de la pobre Perla. La tumba señorial de los Portal, más kitsch y delirante que la de los Miranda, se parecía bastante a la casa aquella en la que tan buenos ratos habíamos pasado. Y ahora habían sacado de allí, groseramente y de cualquier manera, todos los huesos que reposaban apaciblemente en sus criptas, y los habían tirado a la basura, o los habían enterrado, amontonados en cualquier lugar, mezclados con centenares de osamentas anónimas. Tomy le contaba que había pasado por allí hacía poco y había visto que el panteón de la familia Portal estaba siendo remozado a fondo, con sustitución de cristales y mármoles dañados, raspado y pintura de rejas y otros adornos de forja y abrillantado de argollas y agarraderas de bronce. Como era muy grande y de muy buena calidad, era seguro que lo querían para alojar allí a sus propios muertos fieles y heroicos. Desde el mismo día en que se estrenaron como vencedores, se habían aficionado casi patológicamente a las casas, los automóviles y las tumbas de los vencidos. Se me hace muy difícil, Elías, entender esa obsesión por los muertos y las tumbas que tienen estos cabrones, me comentó en cierta ocasión Silvano. Y ahora a él pretendían enterrarlo, como ya habían hecho en su día con el cadáver de Perla, en unos hoyos que habían cavado en la tierra, en el costado suroeste del cementerio. Pero, ¡oh milagro de los milagros!, apareció, como caído del cielo, un hermano por parte de padre de María Teresa, su difunta esposa. Nadie había oído hablar nunca de este medio hermano providencial, hijo, al parecer, del viejo Miranda con la hija de una cocinera haitiana. A esta cocinera, según se averiguó, la había contratado su mujer porque estaba convencida de que su marido, que tenía una bien ganada fama de fornicador contumaz, y de ser tan racista como un *klansman* de alto rango, jamás se acostaría con una negra. Pero ahí estaba el sujeto, un mulato viejo, muy alto, de facciones suaves y agradables y sonrisa pacificadora. Traía en sus manos, grandes y ásperas, una sobada carpeta de cuero en la que se veían repujadas las iniciales de su propio nombre y el de su padre, AM, es decir, Antonio Miranda. Dentro de la carpeta venían su carné de identi-

dad, una certificación literal de nacimiento y otros documentos en regla que demostraban sin lugar a dudas su filiación y sus derechos. Don Antonio, para asombro de muchos, lo había reconocido desde que nació como hijo legítimo suyo, tenido fuera del matrimonio. De modo que la aparición sorprendente de ese mulato ya septuagenario vino a demostrar que todavía podía existir en este mundo algo tan increíble como una buena persona. Así de sencillo. Un hombre tan juicioso y compasivo como para no contarle nunca a nadie unos vínculos familiares de tal relevancia que hubieran podido proporcionarle, en otra época, grandes beneficios. Solamente los había hecho públicos cuando fueron estrictamente necesarios para ayudar a enterrar dignamente a un muerto con el que ni siquiera se había relacionado nunca en vida. De modo que el cuerpo de Silvano Soto, finalmente, pudo ser depositado junto a los restos de sus seres queridos, en un panteón digno de un virrey colonial. Aunque no creo que al viejo profesor le haya importado mucho el sitio al que fuera a parar su cuerpo una vez que de él se hubiera marchado su último aliento de vida. También me resulta bastante dudoso que él, tan entrenado como estaba en alguna forma de cinismo defensivo y narcisista, haya querido alguna vez a alguien.

Empezaba a caer la tarde y las olas iban aumentando su tamaño y su fuerza gracias al enérgico impulso de ese viento llamado virazón, que sopla del mar hacia la tierra. Elías dirigió la mirada hacia la orilla, esta vez algo más alejada que en ocasiones anteriores. No era prudente alejarse tanto, sobre todo cuando ya quedaban muy pocos visitantes humanos y únicamente un par de cormoranes moñudos y alguna gaviota solitaria, sobrevolaban plácidamente la arena. La playa se veía ya bastante desierta a esa hora. Solamente quedaban allí dos niños incansables que desde hacía horas se dedicaban a golpear una pelota con unas paletas de madera, y un matrimonio de personas mayores que parecían ser los abuelos de los niños. Algo más distantes, dos parejas jóvenes, los cuatro totalmente desnudos y contentos, se encaminaban por un estrecho sendero entre las dunas hacia los cerros matorrales de coscoja y lentisco. También podía verse, junto a una vieja caserna abandonada, antiguo cuartel de carabineros, a

un hombre tal vez de unos cuarenta años o más, barba y pelo largos, que, recostado a una moto de gran cilindrada, tañía una guitarra y cantaba, aunque su canto y los acordes de su guitarra se los llevaba la brisa hacia la sierra que se erguía al fondo.

Elías decidió que ya era hora de marcharse, pero antes iba a hacer una última inmersión, más profunda que las habituales. Sabía que se trataba de una temeridad más. Había escuchado que hay corrientes submarinas que pueden arrastrarte mar adentro y poner en grave peligro tu vida antes de que puedas darte cuenta. Pero valía la pena. Quería coger una concha que se desplazaba con delicadeza de vals por encima de la pradera sumergida. Había sido precisamente la vista de aquella vegetación regeneradora, lo que lo había inducido a transportarse tan lejos en el tiempo y en el espacio. La concha, vista desde arriba, se le había parecido mucho al cimborrio art déco que coronaba el panteón de los Miranda, en el cementerio de Camagüey. Cuando alcanzó de nuevo la superficie se arrancó bruscamente la careta y el snorkel y tosió varias veces con desesperación mientras intentaba volver a respirar. Tenía la sensación, sin duda exagerada, de que había estado a punto de morir ahogado. Ya recuperado, observó atentamente aquella cosa que no tenía la menor idea de si era ostra, almeja o mejillón, pero que, en cualquier caso, era de una rara belleza. Nunca antes había visto una concha de algo más de diez centímetros de diámetro y morada como muceta de obispo. Y decidió conservarla para regalársela a Romy. Si algún día volvía a verla, separaría la concha en dos partes idénticas, una para ella y otra para él, y harían juntos el Camino de Santiago, portando cada uno la suya, colgadas de cordones dorados en sus respectivos cuellos. Tenía bien presente que el propio Proust había escrito que su magdalena parecía tener por molde una valva de concha de peregrino.

Desde que supo cómo había sido posible que Silvano Soto hubiera podido ser enterrado en el panteón familiar de su mujer, había comenzado a dudar de algunas de sus convicciones más pesimistas. No todo en esta vida carecía de sentido ni todo estaba en poder de los anfípteros invisibles y ponzoñosos que todo el tiempo aletean en torno a nosotros. Incluso llegó a concebir alguna nueva supers-

tición relacionada con la felicidad, pero, pasados cinco minutos, la olvidó. Después de su huida de Cuba, solo en escasas ocasiones de urgente excepcionalidad había retomado aquella afición juvenil de imaginar y redactar supersticiones nuevas. La mayor parte del tiempo transcurrido desde su expulsión de la Universidad hasta su fuga de la isla, lo había empleado en hacer apuntes para un «Libro de las Supersticiones». Pero ese manuscrito, junto con un montón de cosas menos tangibles pero seguramente más importantes, se habían quedado allá, al otro lado del mar.

Mientras pedaleaba de regreso, divisaba a lo lejos el enorme peñón sobre el que se levantaba el castillo que, en su día, había servido de residencia y sede papal al controvertido Pedro Martínez de Luna y Pérez de Gotor, nombrado para su ministerio pontificio como Benedicto trece, y más conocido en todo el mundo como Papa Luna. Otro fugitivo. Sentía una gran simpatía hacia aquel hombre que, como él mismo y como tantos otros, había escapado por vía marítima de unas circunstancias diseñadas y ejecutadas por las Potestades de las Sombras. Admiración y solidaridad iban de la mano en su afecto por aquel Papa diferente. Consideraba un privilegio que los azares de la vida lo hubieran llevado a vivir al amparo de un pontífice transgresor, inteligente, culto y, sobre todo, libre e independiente. Puede parecer una paradoja hablar de un papa libre e independiente, pero Benedicto trece lo fue hasta el último día de su muy larga vida.

Antes de haberse venido a vivir y a trabajar a Peñíscola, Elías había estado trotando por varios pueblos y ciudades del Mediterráneo español. Desde Almuñécar hasta Tossa de Mar había vivido y trabajado temporalmente en al menos diez o doce lugares diferentes. Diversos azares no le permitieron cumplir con su propósito inicial de comenzar su peregrinaje en San Roque y terminarlo en Cadaqués. Pero siempre tuvo muy claro, desde que abandonó la Florida, que si no podía terminar su vida en el Caribe cubano, era en esta costa inaugural y milenaria donde quería que se esparcieran sus cenizas.

A Madrid había llegado, procedente de Miami, el diecisiete de diciembre del año 1999. En ese momento faltaban poco menos de tres meses para que se celebraran elecciones generales en España y

el joven inmigrante tuvo la curiosa sensación de haber llegado a un sitio en el que siempre había vivido, o al menos la emoción de haber arribado a un lugar en el que siempre le hubiera gustado vivir. Cosa muy extraña, si se tiene en cuenta que había nacido en la Cuba demencial de 1965 y que, antes de su fuga en 1994, nunca había viajado fuera de la isla. Pero ya se sabe que la personalidad metafórica de cada uno obra prodigios. Sin embargo hoy, casi diecisiete años después de aquel arribo, consideraba los cinco años que vivió en la capital española como los más tristes y difíciles de su vida. Pero sabe, al mismo tiempo, que aquel quinquenio le proporcionó las mayores y mejores enseñanzas; también las más útiles. Fuera como fuera, la decisión de abandonar Miami y venir a vivir a Europa había sido su segunda mejor decisión; la primera, desde luego, había sido la de abandonar Cuba.

A la isla de mi nacimiento la recuerdo, sin duda influenciado por las teorías entre geniales y delirantes de Silvano Soto, como el espacio elegido por el diablo para disponer también él de un Paraíso Terrenal propio. El profesor sostenía que el Satán, siempre envidioso, amargo, resentido, no le perdonaba a Dios que hubiera hecho aquellos maravillosos *Champs Elysées* que habitaron Adán y Eva, ¿dónde?, ¿junto al Tigris y el Éufrates?, ¿en el sureste de África? ¿Para qué los hizo? ¿Nada más que para alojar allí a estas mierdas de payasos que, según dicen, acababa de crear? ¿Para solazarse él a sus anchas y darse unos buenos paseos todos los atardeceres? Tampoco le perdonaba, como es de suponer, que en un arrebatado de ira sagrada, lo hubiera expulsado a él, precisamente a él, de aquel lugar tan placentero, rodeado de una vegetación exuberante y de los más bellos parajes. De este modo, aseguraba Silvano, queda demostrado que el resentimiento y el rencor se remontan a los días en que la especie humana hizo su aparición en este lamentable globito que tercamente se empeña en seguir flotando en el espacio infinito.

En Madrid había logrado sobrevivir gracias al desempeño de los más disímiles puestos de trabajo. El primero consistió en hacerse cargo de Don Rómulo, un anciano de más de noventa años, más de noventa kilos de peso y más de noventa litros de mala leche. En

cuanto a los kilos de excrementos que evacuaban cada día sus intestinos, le resultaba imposible aventurar una cifra. No comprendía cómo estaba tan gordo si el peso y el volumen de lo que diariamente ingería, aun siendo mucho, era muy inferior al peso y al volumen de lo que excretaba. Lo que sí sabía muy bien era que cada ocho horas, diez como máximo, tenía que acercarse a Don Rómulo y quitarle unos pañales llenos de mierda y de orines; después tenía que lavarlo con agua tibia y jabón de colágeno; finalmente, tenía que secarlo bien, untarle las nalgas y la bolsa escrotal con costosas cremas hidratantes y ponerle pañales nuevos. Fue la mayor cura de humildad y resignación a la que podría someterse nunca persona alguna. Pero no estaba dispuesto a tirar la toalla por culpa de unos fétidos excrementos humanos. Más difícil de soportar era cuando el anciano, afligido por sus propias miserias, se resarcía de ellas mediante el insulto, el grito, el regaño. Hasta que llegó un día en que, mientras lo lavaba en la bañera, don Rómulo le agarró una mano, le dirigió una mirada de súplica acompañada de una sonrisa repugnante y lasciva, y le pidió que lo masturbara. Solamente un poco, le dijo, solo unos minutillos de nada, para averiguar si este pobre pellejo mustio y marchito funciona todavía y responde a las caricias de un chaval joven y guapo; me imagino que no te importe demasiado sacudírmela un poco, ¿verdad?; y sin guantes, claro, que el látex me puede provocar alergia. Aquello fue más de lo que Elías estaba dispuesto a consentir sin sublevarse; la línea que de ninguna manera estaba dispuesto a traspasar. Hasta los mansos, los conformes, los resignados, los santos, están expuestos a tener que enfrentarse alguna vez a ese instante crucial en el que hay que gritar ¡basta ya!, o incluso matar. Pero Elías no gritó; tampoco mató. Con el tono más educado y conciliador de que fue capaz, le respondió que si quería que le hicieran una paja que se lo pidiera a su reputa madre; ¿me ha escuchado usted bien, viejo maricón?, pídaselo al coño de su madre. Don Rómulo enrojeció de cólera, empezó a temblar como si estuviera a punto de sufrir un accidente vascular y le preguntó ¿qué cojones tú me has dicho, infeliz muerto de hambre, gilipollas de mierda? Elías no supo cómo lo consiguió, pero no perdió la

compostura y, siempre con el mismo tono mesurado y sin alzar la voz, le respondió que tú me has escuchado perfectamente bien, viejo cabrón, hijo de puta, miserable, asqueroso, maricón, baboso, soplapinga, pero si te hace falta, te lo puedo repetir; ¿quieres que te lo repita, cerdo?, ¿o prefieres que te ahogue en la bañera?, ¿quién cojones tú te crees que eres?, ¿quién carajo te crees que soy yo? Y para sorpresa de Elías, Don Rómulo, todavía tembloroso, pero con un temblor diferente, más bien un estremecimiento que se le notaba sobre todo en el descolgado labio inferior, bajó la cabeza, avergonzado, dejó pasar unos segundos en silencio y dijo perdóname, Elías, por favor, te suplico que me perdones; a veces pierdo un poco la cabeza y no soy capaz de controlarme; te aseguro que no se volverá a repetir una cosa así; te doy mi palabra. Elías, de pie frente a la bañera, se lo pensó un instante antes de responder que ya eso suena mucho mejor, don Rómulo, y acepto sus disculpas, pero dudo mucho que usted pueda cumplir su palabra, así que lo más saludable será, tanto para usted como para mí, que su hija me liquidé el mes y yo me marché de su casa, sin rencores y tan amigos. Pero el anciano le suplicó, por favor, que no se marchara, que él estaba dispuesto, incluso, a hacer algo a lo que hasta ese momento se había negado, es decir, a realizar los trámites necesarios para que el chico pudiera legalizar su situación en España y tener un permiso de residencia y trabajo. Elías volvió a emplear cinco segundos en repensar la coyuntura en que se hallaba y le respondió que si usted de verdad cumple su palabra y no se repite una mierda como esta, y además me hace los papeles, me quedo.

Poco después de un año de este incidente, al entrar Elías en el dormitorio de don Rómulo por la mañana, para asistirlo en el primer aseo del día, se lo encontró muerto en su cama. Apretaba entre sus dedos regordetes y de una blancura amarillenta un rosario de grandes cuentas de madera, negras y ya muy gastadas por el uso. A juzgar por la placidez de su expresión, que se aproximaba moderadamente a una sonrisa, podría suponerse que la muerte lo sorprendió en medio del rezo de un misterio gozoso. Aunque uno nunca puede llegar a saber qué misterios agobian o hacen felices a los demás; ni mucho

menos con qué gozan. Pero, para entonces, ya Elías tenía sus papeles en regla, de modo que llamó por teléfono a la hija para informarla del fallecimiento de su padre y salió a la calle, en pleno invierno madrileño, en busca de alojamiento y trabajo.

La temperatura estaba a cero grados y las calles del barrio de Salamanca estaban desiertas. Era domingo y todavía no habían dado las ocho de la mañana cuando Elías, sin saber muy bien qué hacer ni que rumbo tomar, se encaminó por la elegante calle Serrano hacia la Puerta de Alcalá. Pensaba pasar la mañana tumbado bajo algún castaño en el parque de El Retiro y allí tratar de poner un poco de orden en el caos de sus pensamientos.

Hoy no estaba en Madrid; no estaba tendido sobre la hierba ni recostado a un árbol frondoso. Tampoco tiritaba a causa de un viento helado ni se complacía con el corretaje divertido de las ardillas o con el vuelo de aquellos pájaros blanquinegros que parecían monjas en miniatura y que más tarde supo que se llamaban urracas. Pero la experiencia era la misma, la que más se había repetido a todo lo largo de su poco más de medio siglo de vida: intentar poner algo de orden a unos pensamientos tan desorganizados y arbitrarios que siempre le habían imposibilitado la realización de los proyectos más o menos creíbles que concebía. Siempre, de una manera espontánea y libre, sus pensamientos se iban más al día de ayer que al de hoy; y en cuanto al mañana, eso era ya un reino de saltimbanquis y peces voladores, por el que tenía vedado transitar. Tal vez el único proyecto de futuro medianamente coherente y ejecutable que alguna vez pasó por su cabeza fue el de vivir en esta costa hasta el día en que la Pelona, siempre tan solícita y puntual ella, le hiciera la putada de venir a buscarlo. Después, agradecería mucho que alguna persona, de momento inexistente, se ocupara de incinerar su cuerpo y de que sus cenizas fueran esparcidas sobre estas aguas, preferiblemente en uno de esos amaneceres en que el mar está solitario y en calma.

Eran ya poco más de las ocho de la tarde y el sol, muy bajo, todavía inundaba de luz y de calor el terraplén. No había una sola nube en el cielo y la temperatura no bajaba de los treinta y siete grados. Elías pedaleaba despacio, ascendía cuestas abruptas y bordeaba el

precipicio. Sudaba a chorros y tarareaba una vieja canción de Manuel Corona: *Por ella canto y lloro, por ella siento amor, / por ti, Merced querida, se extingue mi dolor. / No me desprecies nunca, pedazo de mi vida, / para vivir tranquilos, queriéndonos los dos.* Recordar canciones resulta muchas veces un buen recurso contra la fatiga; también contra la melancolía y las remembranzas. Durante toda su vida, Bienvenido había sido un amante incondicional de la trova tradicional cubana, en especial de las canciones de Corona. Y la noticia de la muerte de su hermano lo había entristecido hasta producirle sequedad en la boca y dolor en las costillas. Menos mal que, a juzgar por el texto y el tono de ese mensaje final, Bienvenido había conseguido, gracias a esa Mariela para él desconocida, unos últimos años algo más placenteros y dulces. En cuanto a la otra muerte de la que había sido informado esta mañana, la de Pípirite, no se alegraba ni la lamentaba, pero no le era indiferente; le daba mordiscos en la memoria. Y en lo relacionado con ese fallecimiento relevante con el que el mayor había hecho coincidir el suyo para que se cumpliera una amarga simetría, como había dicho Bienvenido, lo consideraba, sí, oportuno y hasta saludable, pero no creía que, de momento, importara demasiado. El Recadero del Ángel del Orgullo había sabido ser lo suficientemente astuto como para ir más allá de las funciones que se le habían encomendado, de los encargos que, desde la penumbra, se le había pedido que hiciera. Supo construir, con voluntad indomable y tesón, su minúsculo y empobrecido reino de calamidades y rencor. Reino perecedero, desde luego, como todos los de por acá abajo, pero no tan breve como hubiera sido sano y deseable. Nada más que eso. Se trataba de algo que carecía por completo de importancia.

Todavía le faltaban a Elías unos cinco kilómetros para llegar a su casa, darse una ducha, beberse un whisky con hielo, o dos o tres, cenar algo ligero y, a las diez de la noche, estar listo en su puesto de trabajo para comenzar una jornada que se prolongaría, con toda seguridad, hasta poco antes del amanecer. Pero incluso ese mínimo plan era demasiado para él, esa minúscula intención de futuro, por más inmediata y próxima que fuera, se peleaba con la memoria y era derrotada.

El mayor Quintín Pipirite, aquel negro enorme y suicida, que había llevado el caso del asesinato de Perla Portal, se puso a pedalear a su lado, muy serio, con la región occipital del cráneo reventada por la salida de una bala y envuelto en el humo de un enorme tabaco. En otra bicicleta iba la capitana Asela Piñón, edecana del mayor, totalmente desnuda y con su sensual melena suelta y batida por la brisa. La capitana lo miraba con sonrisa maternal y lujuria incestuosa; restregaba la entrepierna contra el sillín de la bicicleta con movimientos lascivos, le tiraba besos, le guiñaba los ojos y erguía el pecho en un evidente gesto de reto y al mismo tiempo de ofrenda. Elías miró bien en todas direcciones, pero no vio a Silvano Soto; tampoco a Bienvenido. El mayor Pipirite se quitó el tabaco de la boca y aproximó mucho su bicicleta a la suya. La del mayor era una tosca, pesada y remendada bicicleta china marca Forever, un anticuado modelo de cuando la Segunda Guerra Mundial; la de Elías una ligera y cómoda Cannondale de doce velocidades, que le había costado algo más de mil euros. La capitana, más alejada de él que el mayor, le gritó te veo más tarde, Chachi, y quiero que sepas que me gustas mucho y que recuerdo aquel día que pasé contigo, en tu cuarto, como el más lindo de mi vida. Pipirite se le aproximó todavía más y Elías le dijo cuánto tiempo ha pasado, mayor, ¿cómo ha sido posible que su vida haya terminado así?; yo me imaginaba que se había usted jubilado y que vivía feliz y tranquilo, junto a su mujer; ¿qué pasó con su vida, mayor? El mayor volvió a llevarse el tabaco a la boca y le dio una profunda cachada, tan grande como para llenar de humo la enormidad de sus pulmones. ¿Mi vida?, preguntó mientras expelía con fuerza de tornado el humo sobre el rostro de Elías; ¿qué quieres que te cuente?, la vida da muchas vueltas, chico, y a veces se complica. Tampoco yo volví a saber nada de ti. Tú te esfumaste; parece que supiste aprovechar los consejos de la capitana Piñón, la traidora, y te sumaste a la locura de aquellos días. Huiste como huyen los culpables. Yo nunca fui culpable de nada, mayor; en todo caso, fui la víctima; como todos; como usted. Lo sé, murmuró Pipirite, siempre supe que tú no eras culpable de nada. Yo sí que he sido un gran culpable a lo largo de toda mi vida, y por eso tengo ahora el

cráneo destrozado, como puedes ver; pero esa historia no viene ahora al caso. Sin embargo, alzó un poco más la voz el mayor, en cuanto a ese cabrón profesor amigo tuyo, tan inteligente, tan culto y tan retorcido el puñetero, que todo hay que decirlo, sigo creyendo que él fue el asesino y, al mismo tiempo, sigo teniendo muchas dudas.